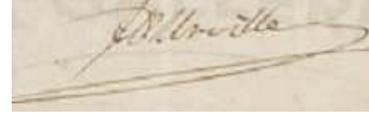


Dumont d'Urville

"jamás en ninguna parte del mundo puede existir algo más oscuro, temido y salvaje que el aspecto de estas desoladas regiones".



Jules-Sébastien-César Dumont d'Urville nació en Condé sur Noireau, (Normandía), en 1790 y murió en Meudon, París, en 1842.

Fue un marino y explorador francés muy preocupado por el conocimiento científico.

Hijo de una noble familia francesa, quedó huérfano de padre a los 6 años y su madre, de fuerte carácter, pero de físico débil y enfermizo, encomendó su educación a su hermano, el abad de Croisilles. Con este mentor, d'Urville aprendió latín, griego, retórica y filosofía y, sobre todo, adquirió el afán por el saber.

Suspendió las pruebas físicas que se exigían para el ingreso en la Escuela

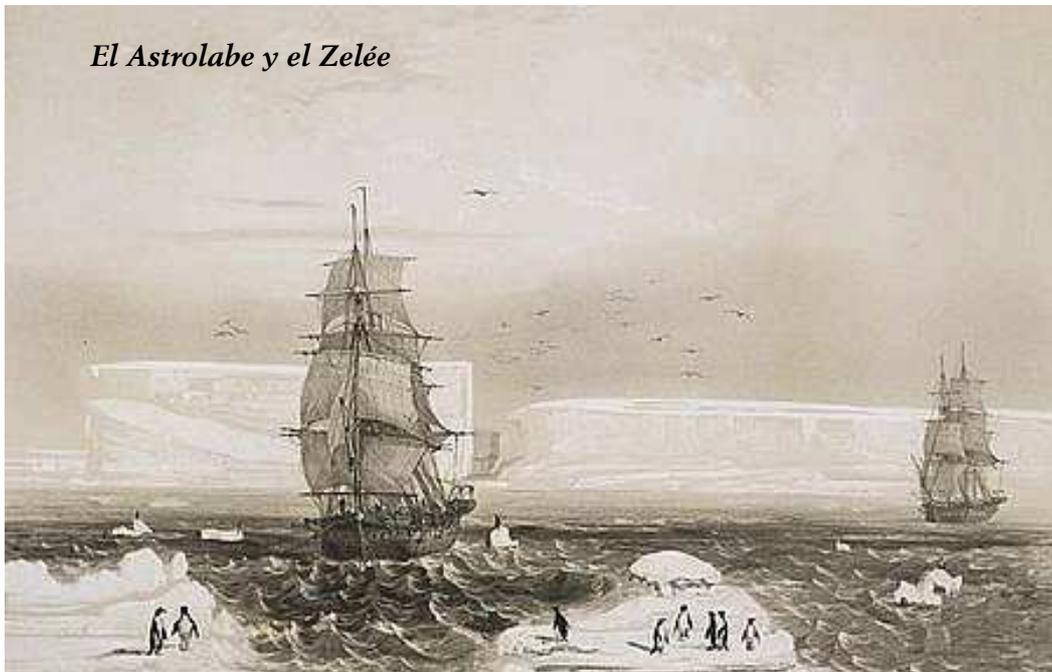
Politécnica y entonces decidió alistarse a la marina.

En 1807 fue admitido en la Academia Naval de Brest, de donde salió, al terminar sus estudios, para ser destinado a bordo de la *Suffren*. Los tiempos de inactividad, que eran muchos, los dedicaba al estudio. Su prodigiosa memoria le hizo adquirir una gran cultura. Además, aprendió más lenguas extranjeras, para lo que tenía una especial facilidad; así, en poco tiempo hablaba con fluidez inglés, alemán, italiano, ruso, chino y hebreo.

Antes de iniciar su viaje a la Antártida realizó numerosas expediciones hidrográficas por el Mediterráneo y aprovechaba cada oportunidad para realizar estudios botánicos y arqueológicos. Como segundo comandante de la corbeta *Coquille*, realizó un viaje alrededor del mundo que llamó la atención por la calidad y cantidad de trabajo científico, y por las colecciones de plantas e insectos hasta entonces desconocidos. También se descubrieron más de 120 islas e islotes y se levantaron cartas náuticas de gran calidad.

Con el gran prestigio alcanzado, Dumont d'Urville presentó un ambicioso proyecto de exploración antártica que fue aceptado con algunos recortes.

Se alistaron dos buques, el *Astrolabe* y el *Zelée*, partiendo en septiembre de 1837 del puerto de Tolón. A la tripulación se le prometió un magnífico incentivo económico si lograban pasar de los 75° de latitud sur y que se iría incrementando por cada grado de latitud alcanzado.



Siguieron la ruta que había llevado Weddell, pero no tuvieron su misma suerte. La benignidad meteorológica que gozó Weddell cuando se convirtió en el hombre que había llegado más al sur, no sonrió a Dumont d'Urville. La inmensa pared de hielo que encontraron no tenía fin en el horizonte. En esos días fue cuando escribió las pesimistas palabras que acompañan al título. Desencantados, pusieron rumbo a las islas Orcadas para descansar unos días, y, el 2 de febrero de 1838, partieron nuevamente al sur.

Encontraron un paso entre los hielos por el que se internaron, pero fue un acto temerario: a las pocas horas quedaron atrapados entre el hielo. Todos los hombres se pusieron a trabajar para intentar liberar los buques, desde tierra y desde los barcos, y tras cinco días de esfuerzos sobrehumanos lo lograron. Varios miembros de la tripulación sufrieron congelaciones. Continuaron más al oeste, permaneciendo hasta principios de marzo y cartografiaron la parte norte de la que hoy conocemos como Tierra de Graham.

D'Urville decidió abandonar al informarle el médico de la proliferación de casos de escorbuto entre las tripulaciones de ambos barcos. En el puerto de Talcahuano desertaron 10 marineros (d'Urville había exigido demasiado a su hombres) y otros, muy enfermos, no pudieron proseguir el viaje.

Entre 1838 y 1840 los buques trabajaron en áreas tropicales del océano Pacífico. La disentería y las fiebres tomaron el relevo al escorbuto y veinte oficiales y marineros murieron.

Tras recuperarse en Tasmania, a principios de 1840 regresaron a la Antártida. En esta ocasión les sonrió más la fortuna y, a los 66° 30' de longitud, encontraron nuevas tierras, que fueron denominadas de Adelia¹, en honor de la esposa del explorador francés.



Se encontró con la expedición del estadounidense Wilkes, y tuvieron la poca caballerosa actitud, pocas veces vista en la Antártida, de ni saludarse siquiera.

Aunque hubo voces críticas que calificaron de fracaso la aventura antártica de d'Urville, él fue muy hábil en presentar los éxitos obtenidos, con abundante cartografía generada y una gran variedad de trabajos y muestras geológicas, zoológicas y botánicas.

Su obra literaria es grande: escribió libros de ficción, libros de viajes y científicos, así como numerosísimos artículos en diarios y revistas científicas de la época. El minucioso informe de la expedición del *Astrolabe* y del *Zelée*, es una obra magna que ocupa 24 volúmenes, además de otros 7 de ilustraciones y mapas.

Además de su faceta como explorador, Dumont d'Urville es recordado por dos hechos muy distintos. Estando destinado en la corbeta *Chevrette*, cuando realizaban estudios hidrográficos, se hizo una escala técnica en la isla de Milos. Allí se enteró que un campesino había encontrado una singular estatua, la que hoy conocemos como Venus de Milo y que se exhibe en el museo de Louvre. Fue d'Urville quien la adquirió para Francia. Y, ya por último, su trágica muerte; viajaba entre París y Versalles, en compañía de su esposa e hijo y ese tren tuvo el primer accidente ferroviario de la historia: el vagón se incendió y perecieron todos los ocupantes.

Sus restos los reconoció Dumontier, el médico del *Astrolabe*.

A.G.M.

¹ Adélie, la esposa de Dumont d'Urville, era de origen humilde. Su padre fue un modesto relojero de Toulon. La madre de d'Urville nunca aceptó ese enlace y siempre se negó a reconocer a Adélie y a sus nietos. Hoy, 180 años después, el nombre de Adélie es famoso al figurar en todos los mapas de la Antártida. Nadie recuerda el nombre de la madre de d'Urville.